

Eliseo, y le dijo que se animase de un santo ardor, porque Dios le destinaba para llevar su palabra á los potentados del siglo, y para ser el apoyo de los débiles y el consuelo de los pobres y de los afligidos. Que nada temiese de parte de los grandes del mundo, y que, aún cuando conspirasen contra él, no podrian dañarle, porque Dios le habia tomado bajo su protección.

### Capitulo II

Es imposible expresar, dice Cosme, el celo y santo amor de que el Santo se sintió abrasado despues de estas dos visiones. Muy grandes eran las austeridades que hasta entónces habia practicado; pero añadió otras mayores, y como si no quisiese poner límites a sus penitencias, y como si su cuerpo fuese de bronce ó de acero, se resolvió á no guardarle ningún género de consideraciones. Hallábase siempre animado del espíritu de Moisés y de Elias, á quienes Dios le habia hecho ver en éxtasis, y se decia á sí mismo: « Estudia bién las virtudes de estos dos ilustres personajes, que tan singulares favores merecieron de parte de Dios. Considera su fé, su caridad, su pureza y su ardor por la gloria de Dios, y cuán grandes fueron sus ayunos y contemplaciones. »

No contento con la que sabia sobre la vida de estos patriarcas, preguntaba á los demás para instruirse mejor, y meditaba en lo más recondito de su alma todo lo que se le decia. Llegó, por último, un dia en que se vió á este hombre escogido por Dios para hacer brillar su poder y sus misericordias sobre su pueblo, presentarse al universo entero con un ánimo intrépido y una virtud superior, levantar la cabeza, y con una frente que el Señor habia ceñido, por decirlo así, con su gloria y su fortaleza, combatir el vicio con autoridad, predicar con voz potente el reino de la

virtud, aterrar á los pecadores obstinados; invitar á los justos á las virtudes mas perfectas, desafiar al infierno y triunfar de toda su malicia, y lo que es aún más notable, autorizar la misión que Dios le ha confiado con prodigios casi continuos y con una vida verdaderamente sobrehumana, puesto qui excede á las fuerzas de la naturaleza, y sólomente una fuerza divina ha podido sostenerle en los trabajos de una penitencia hasta hoy desconocida.

Hasta ahora habia permanecido en la caseta de que hemos hablado. Despues subió á la cumbre de la montaña, que Evagrio dice estar distante trescientos estadios, ó sea quince leguas de Antioquía, y cuya pendiente tiene una legua de largo. El paraje que escogió era muy áspero, y se llama Mandra por los historiadores. Algunos autores han creído que Mandra significa un aprisco, nombre que algunas veces se daba á los monasterios, y que se le dió este nombre á causa del que se edificó cerca de la columna del Santo: pero Assemani opina que éste era el nombre propio de aquel lugar.

Allí construyó una cerca con piedras secas, en la cual se encerró, y para no salir de sus límites, ató a su pié derecho una cadena de veinte codos de largo, que sujetó por el otro extremo á una piedra enorme. Pero Teodoreto hace notar que, aunque su cuerpo estaba atado con esta cadena, su espíritu se elevaba libremente á contemplar con los ojos de la fé las cosas del cielo. Hallábase en este estrecho cercado sin techo, sin ningun abrigo, expuesto á las injurias de los tiempos y perseverando en la oración y en un ayuno riguroso, cuyo tiempo ya no fijaba, pues á medida que se sentia más arrebatado por el fervor de la caridad, lo iba prolongando.

Melecio, á quien no debe confundirse, como algunos erróneamente lo hacen, con el obispo de Antioquía, llamado comunmente el gran Melecio, y que creemos que fué un

corepíscopo, Melecio, digo, personaje distinguido por su espíritu y su prudencia, habiéndole venido á visitar, le dijo, que, siéndo la razón suficientemente fuerte para sujetar el cuerpo, era inútil la cadena que llevaba atada al pié; así es que Simeón, cuya virtud era humilde y sumisa, rogó que viniese un cerrajero para que se la cortase. Habia puesto un trozo de cuero para impedir que la cadena se introdujese en la carne, y cuando se quiso romper este cuero, se encontraron más de doscientas chinches, cuyas picaduras sufría con extremada paciencia.

Nadie pasaba la noche en su cercado, cuya puerta hacia cerrar por la tarde; pero el demonio, para turbar sus vigiliass que pasaba en oración, inspiró á tres ladrones que saltasen la muralia, lo que fácilmente hicieron merced á las tinieblas de la noche. Su intención era matarle, y con este fin se adelantó uno de ellos, espada en mano, mientras que los otros dos tenian preparados sus venablos para lanzarlos contra él. Pero el mal que querian hacerle cayó sobre ellos: pues en lugar de herirle, se hirieron á sí mismos, y cayeron en tierra sin movimiento. Permanecieron así el resto de la noche y todo el dia siguiente. Cuando iba á ponerse el sol, se acercó el Santo á ellos y les dijo: « ¿ De donde sois, y á qué habeis venido aquí? » Entónces volviendo en sí y llenos de vergueza, le confesaron que eran ladrones, y que habian venido con intención de matarle. Les mandó que se levantasen, y les dijo: « Retiraos, y en adelante á nadie hagais daño, porque os ocurrirá alguna cosa peor. »

Desde entónces se extendió más su reputación, y dice Teodoreto que era tal la multitud de personas de todos los paises, aún muy lejanos, que su cercado se asemejaba á un mar que por caminos diferentes, á modo de otros tantos rios, recibia este inmenso número de pueblos que á él acudian. Unos le llevaban paralíticos y toda clase de enfer-

mos para que los curase: otros le pedian oraciones para tener hijos: otros le pedian consejo, y otros iban con un espíritu de penitencia ó de mera curiosidad. Así pues, no se veian sólamente gentes de la misma provincia, sino ismaelitas, persas, armenios, iberos, etiopes, y de otros pueblos aún más lejanos. Venian también del Occidente, de España, de Francia y de Inglaterra y en cuanto á Italia, era allí tan célebre su nombre, que los artistas de Roma colocaban su retrato á la puerta de sus tiendas, para que les sirviese de salvaguardia y protección.

Pero esta afluencia de personas que incesantemente venian á él, y se esforzaban por tocar el hábito de cuero de que se hallaba vestido, esperando atraer sobre sí las bendiciones del cielo con esta muestra de veneración, se hizo pesada á su humildad. No pudo tolerar por más tiempo los honores que se le tributaban, y éste fué uno de los motivos que le inclinaron á pasar el resto de sus dias en una columna. Pero lo que se propuso hacer por humildad, quiso Dios que le sirviese de exaltación. No puede dudarse que lo hizo por una especial inspiración, puesto que se limitó á poner en ejecución lo que se le habia mostrado en una visión de que ya hemos hablado, cuando una voz del cielo le dijo que subiese á lo más alto de la escala que habia visto. El mismo Dios justificó con inauditos prodigios esta conducta.

Era esta conducta tan extraordinaria, que los hombres la juzgaron de diverso modo. Unos la condenaron: otros tacharon al Santo de vanidad: otros se mofaron de él, y Teodoro el Lector dice, que los monjes de Egipto no la aprobaron, porque les parecia nueva y extravagante, y hasta llegaron á declarar que se separaban de su comunión; pero cesó su preocupación, cuando sujetaron su virtud á la prueba de la obediencia, lo que el historiador Evagrio refiere en los términos siguientes.

« Los habitantes de esta santa soledad le enviaron á uno de ellos para preguntarle la razón de un género de vida tan extraordinario, y porque, abandonando los caminos de los antiguos Padres y Santos, se habia trazado uno nuevo y enteramente desconocido. Añadieron á esta exhortación que le ordenase bajar de la columna, y entrar en la vida común. Pero al mismo tiempo dijeron al comisionado, que, si despues de haberle intimado esta órden, se disponia á bajar, lo dejase en la columna: pues entónces habria demostrado suficientemente con su obediencia que habia subido á ella llevado por el espíritu de Dios, pero que si, por el contrario, rehusaba someterse, prefiriendo seguir su propia voluntad, se le obligase á la fuerza. »

« Tan luego como el comisionado manifestó al Santo la órden de los padres que le habian enviado, se dispuso á obedecerla, y comenzó á bajar de la columna; pero el comisionado le detuvo, y le significó que podia continuar diciéndole: Animaos, Padre mio, y armaos de fuerza: vuestra resolución viene del mismo Dios. »

Asegura Evagrio haber sabido esto por los solitarios que habian tenido cuidado de conservar su recuerdo, y se lamenta de que los que han escrito su vida hayan olvidado un hecho tan importante.

No debemos dejar de consignar otra prueba que tuvo el Santo de la voluntad de Dios en el nuevo género de vida que habia emprendido, y que refiere el historiador Cosme. Para demostrar, dice, que Simeón no subió á la columna por su propio espíritu, sino por un movimiento divino, hé aquí como se le dió á conocer que Dios exigia de él este sacrificio. Habia en la caseta, en que hemos dicho que se retiró al salir del monasterio de las cercanias de Tel-Nescin, una ventana, por la cual se le daba la sagrada Eucaristía, y muy cerca habia también una piedra de tres codos, en la cual ponía la caja del incienso. Acaeció, pues, que,

encerrado el Santo, según su costumbre, para pasar la cuaresma en ayunos y oraciones, fué trasportado en la tercera semana en espíritu á esta ventana, y vió delante de sí á un hombre, cuyo rostro estaba inflamado cual un carbón encendido, y armado como para un combate. Este hombre apareció primeramente delante de la ventana, despues se colocó de pié sobre la piedra en que se ponía el incienso, y comenzó á inclinarse profundamente: despues se levantó y oró. En seguida volviéndose al Santo, le miró fijamente, y volviéndose de nuevo, levantó las manos y los ojos el cielo, y continuó orando. Por último, mirándolo de nuevo, le significó que hiciese lo mismo. Durante tres noches consecutivas tuvo la misma visión. Simeón no dudó que era un ángel que el Señor le enviaba para enseñarle la regla que habia de seguir hasta el fin de su vida. Así es que, una vez que hubo concluido el ayuno de los cuarenta dias, dejó la caseta, y se colocó sobre esta piedra, en donde permaneció durante tres meses. Pero para acabar de conformarse enteramente á la visión de la escala de que ántes hemos hablado, subió sucesivamente sobre diferentes columnas. La primera fué de doce codos, la segunda de diecisiete, y la tercera de veintidos. Durante siete años permaneció sobre estas diferentes columnas, y la última, que fué la más alta, y sobre la cual murió despues de haber permanecido en ella treinta años, fué de cuarenta codos.

El historiador Cosme hace con este motivo una oportu-  
nísima observación, que pone de realce toda la eminencia de la gracia del Santo, y los méritos que alcanzó en la presencia de Dios con sus penitencias extraordinarias despues de su profesión monástica. Si los largos ayunos, dice, de Moisés, de Elias, de Daniel y de otros santos de la antigua alianza les hicièron tan agradables á Dios, que quiso hacerles en cierto modo partícipes de su poder para obrar los

más estupendos prodigios: si los escogió para que, en cualidad de ministros, llevasen sus órdenes á los hombres, ¿ qué deberemos pensar de Simeón, cuyos trabajos sólo Dios puede conocer? ¿ qué deberemos pensar del mérito que ha adquirido en su presencia con los trabajos que ha sufrido por su amor, y que podríamos llamar inmensos? El hambre la sed, el frío, el calor que ha sufrido continuamente: esas oraciones interminables, esa admirable contemplación por la cual estaba siempre elevado á Dios, esa posición molesta en que constantemente se conservaba, y que sufría con una fuerza invencible de espíritu, permaneciendo siempre de pié, no durmiendo jamás, ni dando dia ni noche descanso al cuerpo: hé aqui lo que ha hecho en el espacio de cincuenta años. Durante nueve estuvo en el monasterio, consagrado á las prácticas de penitencia de que ya hemos hecho mención, durante otros cuarenta y siete en el cercado ó Mandra, de que también hemos hablado, comprendiendo en este cálculo el tiempo que estuvo enfermo, y los treinta y cinco años que estuvo en las diferentes columnas: lo que forma un total de cincuenta y cinco años de penitencia no interrumpida y superior á las fuerzas de la naturaleza, sosteniéndole Dios con sus auxilios para hacer de él un prodigio de su gracia á los ojos del universo.

Dice también Cosme que, hallándose el Santo sobre su columna, repetía esta excelente oración: Señor y Dios mio, » que sois toda mi fuerza, no permitais que yo necesite ningún auxilio humano, que me obligue á bajar de esta columna. Puesto que por vuestra voluntad he subido á ella, concededme la gracia de permanecer hasta el último dia de mi vida, y que desde ella pase el alma de vuestro siervo al seno de vuestra misericordia en el momento en que vuestra majestad se digne recibirla. » Pero si alguno pregunta, prosigue el mismo scritor, porque Dios ha que-

rido que Simeón subiese á una columna siendo así que hubiera podido servirle fielmente de otra manera, como han hecho tantos otros solitarios, que han llegado á la más alta perfección sin emprender este género de vida, les contestaremos que Dios ha prescrito muchas veces cosas extraordinarias á algunos de sus siervos, á quienes habia escogido especialmente para anunciar su voluntad á los hombres, como consta de innumerables ejemplos que se encuentran en las sagradas Escrituras. Pues de la misma manera ha querido que Simeón subiese á una columna para que con este signo extraordinario se levantase el mundo del letargo mortal en que habia caído, y para excitarle á la penitencia, á fin de que todos le glorifiquen con la fiel observancia de sus santos mandamientos.

San Simeón recibió del ángel que se le apareció sobre la piedra la regla que debia observar sobre la columna. Todo el tiempo debia invertirlo en la adoración, en la oración, en la contemplación y en la exhortación á los pueblos. Así es que tenia las manos y los ojos elevados al cielo para contemplar las cosas celestiales y para implorar la gracia divina tanto para sí mismo como para los demás, ó bien hacia profundas inclinaciones tanto de espíritu como de cuerpo, y se prosternaba ante la divina majestad para rendirle al homenaje que le corresponde como á Sér supremo y dotado de todas las perfecciones. Esto era efecto de una gracia extraordinaria que le ilustraba clarísimamente sobre la excelencia de este Sér superior á todo é infinitamente perfecto: de una gracia que inundaba su espíritu, que arrobaba su corazón, que encantaba todas las potencias de su alma, y que le elevaba en transportes de respeto y de amor sobre sí mismo para fijarse únicamente en este divino objeto. En esta especie de sentimiento extático, parecia Simeón olvidarse de su cuerpo que abandonaba al sufrimiento, y como si hubiera sido otro el que sufría, no se

cuidaba en nada de él mirándolo, como un inmundo cadáver, y ocupándose únicamente de Dios.

Pero entrando más detalladamente en su regla de vida, la columna de cuarenta codos de altura sobre la cual permaneció durante treinta años, no tenía más que uno de diámetro <sup>1</sup>: de suerte que, para poder sostenerse, necesitaba tener juntos los dos pies, lo cual equivalía á tener dos trabajos; pero por lo mismo no podía acostarse, sino que tenía que estar de pié noche y día: situación insostenible á no estar ayudado de una fuerza superior. Ordinariamente se inclinaba para hacer la oración, y lo hacía tan profundamente, que tocaba con la frente la punta del pié. Estas inclinaciones eran algunas veces muy prolongadas, y también tomaba esta posición cuando quería dormir algún rato.

Muchas personas quisieron contar cuantas veces hacia estas adoraciones, y dice Teodereto, que uno llegó á contar mil doscientas cuarenta y cuatro. En las grandes solemnidades añadía siempre alguna austeridad extraordinaria, y oraba desde la puesta del sol hasta la mañana con las manos elevadas al cielo.

Hé aquí el orden que guardaba ordinariamente en sus ejercicios. Despues de orar durante la noche, á excepción del brevísimo tiempo que daba al sueño, volvía durante el día á la oración hasta la hora de Nona, es decir, hasta las tres de la tarde. Despues de la Nona hacia algunas exhortaciones á los que habian venido, ó escuchaba á los que le hacian alguna consulta, curaba á los enfermos, ó resolvía alguna contienda, lo que duraba hasta la puesta del sol. Entónces se despedía de los hombres para no hablar más que con Dios y daba al pueblo su bendición. Le llevaban

<sup>1</sup> Dice Evagrió que tenía dos codos; pero Cosme que la habia visto, podía hablar de ella con más exactitud.

para ello el incensario: se ponian todos de rodillas, y recibian con el mayor respeto la bendición.

Dice Teodereto que dos veces al dia dirigia sus exhortaciones al pueblo. No sabemos en que tiempo dirigiria esta segunda, á no ser que lo hiciese ántes de Nona, ó que despues de esta hora interrumpiese su discurso para hacer oración. Asegura este escritor que demostraba en sus discursos un juicio y una sabiduría admirables, y que asistido por el Espíritu Santo, difundia en el alma de sus oyentes instrucciones santas y saludables, para inclinarles á no mirar más que al cielo, á remontarse á él por sus deseos, á renunciar á la tierra, á pensar constantemente en el cielo que esperamos poseer, á temer los suplicios eternos, á despreciar, por último, las cosas presentes, y á no aspirar más que á las futuras.

No tenía otro hábito que una túnica de cuero que le llegaba hasta los pies, y cubria su cabeza con una cogulla de piel de oveja. Llevaba la barba muy larga, y una cadena al codo. ¿Quién podrá representarse cuán rudo y difícil de soportar es este género de vida? ¿Como podía estar de pié sin mudar de posición? Así es que, como tenía inmóviles los pies en un espacio tan reducido, se le inflamaron: se pudrieron sus carnes, y dejaron casi al descubierto los huesos y los nervios: todo lo cual no podía ménos de causarle dolores agudísimos. Los que podian verle más de cerca descubrieron también que la espina dorsal no sufría ménos por estar separadas las vértebras, y que su vientre estaba destrozado á causa de las profundas inclinaciones que hacia con tanta frecuencia para adorar á Dios. Por último, sus continuadas vigiliias y su rigorosa abstinencia le debilitaron hasta tal punto la vista, que se creyó que la habia perdido enteramente.

Oigamos lo que dice el historiador Cosme acerca de este estado de sufrimiento á que le habia reducido el amor di-